



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11904

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 17 DE JULIO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rus Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Feria y festejos

La próxima feria va a dejar recuerdos agradables.

A hacerla mas brillante concurrirán las sociedades y los gremios, las primeras verificando instalaciones soberbiamente artísticas y los segundos tomando parte en el hermoso festejo llamado Retreta Militar.

Algunos elementos con nada contribuyen. Si tienen la evidencia de que contribuyendo hacen mal, obran perfectamente; pero parecen que están en un error al creer que el dinero que se gasta, en fiestas es dinero tirado. Como si no lo recogieran el carpintero que trabaja en los barcos que forman en la velada; el fabricante que construye los faroles de la iluminación; los boteros que la noche del 8 de Agosto ganaran un puñado de pesetas paseando gente por el puerto; los que vendan la madera para hacer las carrozas; los que al ocuparse en la faena de labranza resolverán durante un mes la crisis del trabajo; los sastres, zapateros, músicos, modistas, todos los que trabajan y por modo directo ó indirecto vienen a recoger lo que se gasta en fiestas y la cantidad muchas veces mayor que sale del bolsillo del público como consecuencia de los festejos.

El dinero que se gasta en fiestas produce el mismo efecto que el que se gasta en lujo. Proporciona trabajo en tal medida, que si fuese posible abolirlo se arruinaría la mitad del comercio y la industria. Una ley de abolición del lujo haría lo que no ha hecho la pérdida de las colonias.

Pero en fin, lo importante es que los gremios se acostumbren á ayudar á las fiestas y eso se vá logrando poco á poco, no estando tal vez lejano el día en que, convencida la generalidad de que le tiene cuenta

que se verifiquen, se decidan á contribuir con iniciativa y personalidad propias.

Por este año las fiestas están aseguradas. En la amplia explanada en que ha de instalarse la feria, se hiergue ya el lujoso pabellón del Casino, que al inaugurarse mañana por la noche, parecerá palacio de luz habilitado por hadas. Las obras del lindo kiosko japonés que construye el Casino Militar permiten suponer las hermosuras de dicha instalación. El pabellón de la municipalidad, que estará en medio de los otros dos, se asegura que no hará mal papel. Al contrario, hacen tantos elogios de él los que han podido ver el plano, que ya estamos deseando verlo colocado en su sitio.

En cuanto á los festejos, la velada marítima promete ser un acontecimiento; en la retreta militar se trabaja con gran entusiasmo y á la batalla de flores se preparan muchos combatientes. Este era el único festejo que ofrecía dudas, pero ya puede asegurarse que se celebrará.

Mérite aplausos la junta de festejos. El trabajo que sobre ella pesa es grandísimo. Hay que cuidar tantos detalles y que atender á tantas cosas.

El público, que ha de juzgar su obra, le otorgará el premio merecido.

Por nuestra parte se lo adelantamos, sin perjuicio de otorgarle luego todos los elogios.

TIJERETAZOS

Dice «El Español»:

«El Sr. Sagasta nos gobierna en mangas de camisa, y nadie le recuerda que eso ni siquiera es de urbanidad y cortésia.»

¡Pero hombre!

Con el calor que hace y lo que lo quemán la sangre sus amigos, no digo yo Sagasta ni el mismo Job aguanta la chaqueta!

¡Pues si hay que agradecerle que no gobierno en calzoncillos!

Y añade el colega sagastófobo hablando de la cartera de Gobernación:

«El Sr. Sagasta se reserva esa cartera para jugar al bígini en su tertulia, dándosele lo mismo de lo que va y de lo que viene.»

Bien lo siente el patrono del colega, que en lugar de decirle venga usted le dijeron abor.

A «Las Provincias de Valencia» le escriben que los tetanistas se aproximan al jefe de la Unión Conservadora.

¿Qué va á ser del duque?

Porque no irá á creer que le basta el Cusi para tener partido.

«El Nacional» califica de castillo de pólvora los debates parlamentarios.

Menos que eso.

Los fuegos artificiales cuando quemán reclaman la asistencia del médico.

Los debates parlamentarios no.

Abi está ese tercer depósito del Lozoya, que parecía iba á acabar en algo gordo y ha acabado en nada.

¿Castillos de pólvora?

¡Fuegos fatuos, colega!

Se asegura que «el rey del valor» volverá á presentarse al público en la plaza de toros de Madrid.

Se dice más.

Se dice que ha sido autorizado para seguir ejerciendo de estatua.

Lo que no se dice, pero se dirá pronto, es que en la capital de España falta un gobernador.

Porque no es de creer que Barroso se deje derrotar por D. Tancredo sin dejar al momento la poltrona.

Por aquí le apunta un nuevo disgusto al presidente.

¡Y quiero «El Español» que no gobierno en mangas de camisa!

LOS ESTADOS UNIDOS

Su extraordinario desarrollo.—Progresos de su industria.

M. Jules Siegfried, antiguo ministro francés, acaba de hacer un viaje con objeto de estudiar detenidamente los Estados

Unidos y el Canadá. Al regresar recientemente á París ha tenido una «interview» con un redactor del periódico «Le Temps», relatando las interesantes impresiones que á continuación transcribimos.

Los Estados Unidos, que visité yo hace cuarenta años,—dice M. Siegfried—han experimentado un desarrollo verdaderamente increíble. Yo conocí á Saint Paul cuando era una población de 3.000 habitantes en el centro de un país salvaje sólo poblado por indios.

Hoy es una elegante y rica ciudad que cuenta con 168.000 almas. Tendré necesidad de recordar también el fantástico incremento de Chicago y la gigantesca aglomeración de New-York?

Recuerdo haber visto en 1860 casas de cuatro ó cinco pisos; ahora he encontrado colosales edificaciones de 28 y 30 pisos, cuyos ascensores «express» suben en menos de 50 segundos.

He aquí algunas cifras para demostrar la enorme actividad económica de aquel país.

Las líneas de caminos de hierro tienen un desarrollo de 304.000 kilómetros. Existen en total 37.000 locomotoras, 26.000 wagones para viajeros y 1.328.000 de mercancías, representando en conjunto un capital de 59.000 millones de francos.

En cuanto al comercio exterior (que es porristimo comparado con el interior), puede resumirse así:

Importaciones, 4.250 millones de francos.

Exportaciones, 7.000 millones.

Resulta, pues, un excedente colosal de 2.750 millones de francos para las exportaciones.

Se viene hablando mucho desde hace algunos años del maravilloso progreso de la industria norteamericana. En mi opinión, nada de lo que se dice es exagerado.

La población de Pittsburg me parece, hoy por hoy, el primer centro metalúrgico del mundo, y no se qué admirar más allí, si la riqueza nacional de la región ó la ingeniosidad y energía de los que la explotan.

A 30 kilómetros de la ciudad comienzan ya á verse fábricas, que luego se suceden sin interrupción hasta el corazón de la misma. Es un pueblo negro, activo, una verdadera fragua, y los americanos pueden vanagloriarse de batir el «record» de las humaredas.

Desde el punto de vista industrial, la situación de Pittsburg es única. El carbón de Virginia se vende allí á razón de seis francos tonelada, y por otra parte los minerales de hierro del lago Superior llegan por vía acuática (vía Cleveland) en condiciones de baratura extraordinaria: cuatro francos tonelada por un recorrido de 1.000 kilómetros.

La mano de obra es cara, de 15 á 20 francos diarios por un obrero profesional. Por esta dificultad parece haber aguzado aun más la ingeniosidad americana. La perfección de sus máquinas es tal, que, pese á los costosos salarios, el precio del producto es siempre inferior al de las fábricas alemanas ó inglesas.

He estudiado también otras muchas industrias. Las maquinarias agrícolas, las fábricas de locomotoras y wagones, las manufacturas de algodón y seda me han parecido especialmente interesantes. Pero, sobre todo, la fabricación de calzado ha hecho en los Estados Unidos progresos asombrosos.

Merced á excelentes máquinas y á una división del trabajo rigurosísima, se llega á producir buen calzado por 10 francos próximamente, asegurando á los obreros salarios que oscilan entre 10 y 15 francos por jornada de nueve horas.

La potencia de la producción industrial norteamericana se aumentará indudablemente cada día, por la nueva tendencia á reconcentrar las empresas en «trusts», los cuales reúnen grandes ventajas desde el punto de vista de la unidad de dirección y de la supresión de esfuerzos contradictorios ó inútiles, si bien es preciso confesar que esos inmensos capitales—el «trust» del acero, por ejemplo, cuenta con 5.000 millones y medio de francos—pueden jugar un papel preponderante, con frecuencia peligroso en las luchas industriales.

Dos cuestiones se presentan desde luego; la de los salarios y el coste de la vida.

Los salarios son, en general, dobles de los de Francia; por término medio, de 750 francos para los operarios, y 10 ó 15 para los oficiales. La mujer gana de 5 á 6 francos por nueve horas de trabajo.

En cuanto al precio de la vida, crece generalmente que es muy elevado; pero en esto hay error. Sin duda, es caro el alquiler de las casas en las grandes ciudades; más, por otro lado, la vida material es barata, y los trajes son casi del mismo precio que en Francia.

Puede decirse, por tanto, que en estas

EN BUSCA DE FELICIDAD

89

trabajo tan tremendo que nunca sabían por cual empezar ni por cual acabar.

¿Qué era más urgente? ¿Levantar las casas, derribar los árboles, cazar ó arar quizás?

Si hubiesen sido colonos alemanes hubiesen reunido sus fuerzas para hacer cultivable una parte de la selva y luego, siempre unidos, hubiesen levantado las casas, alrededor de cada una de las cuales hubiesen marcado la parte de terreno que les tocaba; pero los magyares y los polacos lo entendían de muy diverso modo. Quisieron en seguida tener su parte de terreno, levantar cada uno su propia casa, trabajar cada uno de por sí, preparar su campo, y como casi cada cual pretendía que su propiedad fuese cercana al sitio donde los árboles eran más claros, no bien estuviesen más cerca del río, empezaron á estallar disputas que cada vez tenían aspecto más grave; hasta que un día llegó al campamento como caído del cielo un cierto señor Grünsmanski con un gran carro. Este prójimo, cuando vivía en Ciuchinnati, entre los alemanes, se llamaba sencillamente Grünmann, pero en Borowina para darse un cierto aire polaco y quizás por razones especiales, creyó oportuno añadir un «sk» á su nombre. Su carro estaba rodeado y cubierto por una ancha tela blanca que en los cuatro lados tenía escrito en grandes letras negras: Saloon y debajo en caracteres más pequeños: Brandy, Whisky y Gin.

88 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

sistentos en harinas de maíz y carne salada además de la carne fresca que proporcionaban los carneros, de los cuales cada familia tenía una discreta provisión.

Por la noche mientras grandes hogueras ardían en el campo, los jóvenes en vez de entregarse al reposo se reunían para bailar al son de un violín que uno de ellos tocaba; pero como aquel solo instrumento hacía poco ruido, dada la amplitud del espacio, se aumentaba la sonoridad de aquella primitiva orquesta á guisa de los americanos, que arman espantoso ruido con toda clase de latas que golpean como si fueran tambores. La vida transcurría así entre el pesado trabajo, los gritos y los cantos.

Lo primero en que pensaron los colonos fué en construir las casas, y bien pronto se elevaron las paredes con una gran cantidad de maderas que sacaban del bosque. Algunos habían plantado provisionalmente una especie de tiendas apoyadas en los carros, y otros que no se cuidaban de tener un techo sobre su cabeza, y que dormían perfectamente envueltos en sus capas, empezaron á arar la tierra en los espacios libres, y así por primera vez en los bosques del Arkansas resonó el típico grito gutural del polaco que empuja á los bueyes unidos al arado.

Sobre los hombros de los pobres colonos pesaba un

choso escapados de horca. La parte esta del Estado tiene todavía más triste nombradía por las sanguinarias y terribles in-fa-entre pieles rojas y cazadores blancos que luchaban sin compasión; pero todo esto no inspiraba temor, como hemos dicho, á los nuevos colonos. Los magyares cuando tenían un arma en la mano y se veían rodeados por los suyos, nada temían, y aquel que se acercaba demasiado experimentaba á costa suya que hombres tan rudos no se dejan doblegar, ni menos vencer. Además los magyares estaban siempre muy unidos, por lo cual cuando uno de ellos se veía amenazado, los otros estaban siempre dispuestos á socorrerle.

El punto de reunión de la mayor parte de aquellos nuevos colonos era Little Rock, distante unas doce horas de Clareville, que era la colonia más cercana al sitio donde debía fundarse la nueva. Si el camino no era excesivamente largo era por lo menos muy difícil, porque debían atravesarse selvas setulares, grandes praderas y muchos ríos, y algunos de los cuigrautes más impacientes que no quisieron esperar la marcha de los otros y se atrevieron á marchar solos se extraviaron. Pero la mayoría de los colonos pudo llegar felizmente y acampar en el sitio designado, que era el límite de la selva.

Es preciso confesar que á su llegada algunos hubo que se designaron mucho, porque esperando en-

EN BUSCA DE FELICIDAD

85